

Lo que uno no sabe

Lo que uno no sabe

Stephen Déasse

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: agosto 2026

Depósito legal: SE 3343-2026

ISBN: 979-13-7060-723-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Stephen Déasse

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Cada persona tiene su historia y lleva un lobo dentro y cerca de sí; este libro te permitirá entender mejor que escuchar y ayudar suele ser lo mejor, pero confiar en uno mismo y saber adónde vamos y qué queremos nos diferencia de los demás, siendo honestos con nosotros mismos y buenos con los demás, en el respeto, porque solo DIOS tiene la última palabra.

Índice

PARTE 1:
MI LLEGADA A MARRUECOS 11

PARTE 2:
EL HOMBRE ES UN LOBO
PARA EL HOMBRE 49

PARTE 3:
NUEVO COMIENZO 209

PARTE 4:
LA TRAVESÍA 283

PARTE 1:
MI LLEGADA A MARRUECOS

Capítulo 1: Marruecos

Bueno, yo soy de las personas que creen que todo es posible en la vida y que todo lo que nos ocurre tiene un significado y una enseñanza para cada uno, aunque muy a menudo el mal y el dolor hacen más ruido de lo que deberíamos saber y comprender, o incluso aprender de ello; pero déjenme decirles, al mismo tiempo, que la vida está llena de ingratitud y de interés personal, y eso es lo que nos permite seguir adelante, que es la razón por la que existe el resto de este libro.

Logré superar todas las pruebas en el aeropuerto pagando dinero y mostrando lo que había que mostrar para, por fin, subir al avión, con un gran alivio, aunque sin saber lo que me esperaba en el aeropuerto de Marruecos. Pero no pensaba demasiado en eso; yo, en mi asiento, intentaba relajarme, porque era la primera vez que subía a un avión. Unas horas más tarde, porque hicimos cinco horas de vuelo, llegué a Marruecos sorprendido, pues era también la primera vez que lo pisaba. Allí comprobé que el aeropuerto era muy grande y supuse que no podríamos llegar a pie hasta la sala de control, así que, al cabo de unos minutos, vino un minibús a recogernos para llevarnos a una gran sala. Así fue como llegamos todos a la sala de control.

Al llegar, unos agentes de policía nos entregaron unos formularios para rellenar: nos pedían la dirección adonde nos íbamos a dirigir, nuestro nombre y también el nombre de nuestro tutor, si lo teníamos… Cada uno se puso a rellenar su formulario. Yo no entendía nada del formulario ni cómo debía rellenarlo exac-

tamente. Levanté la vista y vi a todos mis compañeros de vuelo completamente concentrados en el suyo; algunos incluso terminaban antes que yo y se marchaban. Y yo ya tenía miedo en el estómago, porque mis distintas maletas estaban llenas de licores —las bebidas alcohólicas que mi primo me había pedido que le llevara—, y no tenía ningunas ganas de quedarme solo ante los policías marroquíes. Porque, si eso llegaba a pasar, no me imaginaba los años de cárcel que me esperaban o, si tenía suerte, una vuelta al país que sería otra decepción para mí y para mi madre, que me había dado su dinero, aunque no creía en mí.

Después de todos esos pensamientos negativos, me armé de valor y me acerqué a mis dos vecinas de asiento del avión —de verdad que no tenía otra opción, después de todas aquellas conversaciones de niños ricos que me habían impedido descansar durante el vuelo— y les dije:

—Por favor, ¿pueden ayudarme a rellenar este formulario?

Con cara de que estaba completamente perdido en todo aquello. La de mi derecha, bajita, pero la más habladora, me respondió:

—Claro, no hay problema.

Y se puso a explicarme lo que tenía que poner y lo que tenía que hacer, e incluso lo que tenía que firmar y, después, entregarlo. Cuando terminé todo eso, les di las gracias, deposité el formulario e intenté esquivar a los policías colándome disimuladamente en los baños que estaban justo después de ellos, para poder salir luego detrás de ellos dando a entender que mis maletas ya habían sido revisadas, y así salvarme. Porque en ese momento no se me ocurría ninguna excusa y, además, habíamos aterrizado a las nueve de la noche, todos agotados. Así seguí hasta la salida del aeropuerto y, después de diez minutos más para que no creyeran que ya había pasado el control y volvía dentro, mis maletas salieron, las recogí y salí sin mirar atrás.

Al llegar fuera, sentí un alivio y, al mismo tiempo, un miedo, porque ya no sabía a qué enfrentarme: era un nuevo comienzo y no sabía si el terreno iba a ser muy resbaladizo para mí o menos resbaladizo —es decir, si mi llegada a Marruecos sería fácil o no tan fácil—. Aunque en esta tierra nada es un regalo. Deslumbrado por la hermosa vista, sonreí porque acababa de darme cuenta de que había dado un gran paso hacia mi destino, hacia lo que quería aportar a mi vida, y de que nada es imposible. El secreto está en creer incluso antes de empezar a poner los cimientos o incluso antes de dar el primer paso, aunque ciertos actos te permitan abrazar tu miedo, que es lo más normal del mundo. Porque todos somos humanos, libres de decidir por nosotros mismos y de aprender, porque eso forma parte de nuestra existencia; y tampoco somos eternos, lo que significa que nada nos pertenece de verdad.

A menudo solo tenemos nuestro nombre sobre las cosas, pero eso no significa que nos pertenezcan. Sin embargo, si creemos en esa cosa que lleva nuestro nombre, acabará por encontrarnos; y lo que realmente queremos acabará por serlo y por ser útil durante un tiempo, y podremos aprovecharlo antes de que abandonemos este mundo o antes de que esa cosa se acabe.

Después me di cuenta de que tenía que hacer una llamada. Llamé a mi primo, Didier, para decirle que estaba en Marruecos, concretamente en Casablanca, justo delante del aeropuerto.

—Genial, me alegro mucho, eres un crack, ¡pudiste entrar con mis paquetes! —me dijo mi primo—. Aquí las bebidas son caras, así que todo el mundo hace su negocio pidiendo a la gente que quiere venir a Marruecos que se las traiga. Mira, ahora mismo yo no vivo en Casablanca porque la vida allí es muy cara y no hay mucho trabajo, así que me vine a instalar a Dakhla, que es una ciudad pequeña que hace frontera con Mauritania, donde hay más trabajo. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

—Sí, te escucho —le dije.

—Yo tengo mi novia en Casablanca; espera un momento, voy a hablar con ella para que puedas quedarte dos días en su casa y luego te vienes a reunirte conmigo aquí. Pero también voy a llamar al novio de Abigail, nuestra hermana, a la que yo hice venir aquí, para que vaya a recogerte.

—Está bien, entendido, gracias —concluí.

Total, que no tenía elección ni podía enfadarme: ya estaba allí. Colgué el teléfono y me puse a caminar un poco de un lado a otro para intentar desestresarme un poco, también por el frío del mes de enero en Marruecos —por primera vez en mi vida, pensé que me iba a congelar—. Después de cuarenta y cinco minutos de espera, poco después se acercó un taxi, me llamó por mi nombre, respondí, me acerqué y me pidió que subiera al taxi, que venía de parte de Didier, mi primo. Le dije: «Ah, de acuerdo».

Subí y nos presentamos: él era el novio de mi hermana, y yo, el hermano; él trabajaba como chófer en el aeropuerto, y yo venía en busca de un futuro mejor. Le dije que Didier, mi primo, me había dicho que en Marruecos hay más trabajo y que pagan bien, y que, al convertir el dinero marroquí —el dírham— a francos CFA (que es la moneda africana francesa, porque fue colonizada por Francia), nos resulta mucho más rentable. Así que aquí es mejor buscarse la vida de joven. Pero antes yo había trabajado en un liceo francés. Él se sorprendió y me preguntó:

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué te ha hecho venir tu primo aquí entonces?

—¿Hay algún problema aquí? —le pregunté.

No me contestó y siguió conduciendo hasta que llegamos a la casa de la novia de mi primo, que nos esperaba en la puerta. Di las gracias al novio de mi hermana, que se marchó a su trabajo. La novia de mi primo se interesó por mí.

—Espero que el viaje haya ido bien —me dijo.

—Sí, sí, gracias —contesté.

—Vivo en el segundo piso con mi madre.

Subimos las escaleras, llegamos a la casa, saludé a su madre, y la madre, como todas las madres africanas, me dijo:

—Supongo que tienes hambre; la comida ya está lista. Ve a lavarte mientras la caliento, que está un poco fría.

Le di las gracias, abrí mi maleta, saqué mis cosas de aseo, entré en la ducha, abrí el grifo… y el agua estaba tan fría que no pude lavarme. Me mojé apenas con una toalla, me limpié como pude y salí en unos diez minutos.

—¿Ya terminaste de ducharte? —me dijo la novia de mi primo.

Y la madre se echó a reír.

—Se nos olvidó que acabas de llegar; ahora mismo estamos en pleno invierno. Espera, voy a calentar el agua para que puedas ducharte —comentó.

Yo, el joven tímido que nunca quiere molestar a nadie, le dije:

—No, mamá, no hace falta; mañana calentaré el agua yo mismo para ducharme.

—¿Estás seguro?

—Sí, mamá.

—Bueno, pues aquí tienes la comida; a comer.

Terminé de comer y empecé a deshacer las maletas para entregarles los distintos paquetes que había traído de Costa de Marfil: el alcohol y la comida africana que no se vende en Marruecos. Después, la novia de mi primo me preguntó si quería salir un poco o dormir. Sin pensarlo dos veces, le dije que quería dormir. La madre me preparó mi pequeño espacio para descansar; me tumbé manejando el teléfono y me quedé dormido.

Al día siguiente nos levantamos todos; evidentemente, la madre fue la primera en levantarse. Calentó el agua para que pudiera ir a ducharme. Después, la novia de mi primo Didier nos dijo que iba a comprar el pan y el café para el desayuno, y yo decidí acompañarla.

Salimos los dos a hacer la compra; cuando llegamos a las distintas tiendas, fui yo quien pagó, como una manera de darles las gracias por la acogida y la amabilidad. Terminamos, volvimos a casa, desayunamos y, después, la madre de la novia de mi primo decidió ir a su lugar de trabajo. Y yo, que de verdad no tenía ganas de quedarme en casa, decidí ir con ella.

Llegamos a su puesto de trabajo, la ayudé a colocar su mesa y luego se puso a vender sus artículos. Unas horas más tarde cayó la noche, volvimos a casa y, nada más llegar, menos de diez minutos después, mi hermana Abigail se presentó en la casa. Me invitó a su casa; informé a la madre y a la novia de mi primo por respeto, y nos fuimos.

Abigail, muy contenta de verme, empezó a decirme:

—Eh, hermano mayor, te he echado de menos. Espero que el viaje haya ido bien.

—Sí, sí, gracias —le dije.

—Te voy a enseñar dónde vivo; así, el día que quieras venir a verme, te será más fácil y siempre serás bienvenido. Por hoy te voy a preparar una buena salsa africana para celebrar tu llegada, ¿eh?

Contento, llegamos a su casa, nos sentamos y directamente se puso a cocinar. Luego me presentó a su vecina, una amiga suya que estaba allí ese día. Mientras cocinaba, me preguntó:

—¿Y Abidján?

—¡Bien! —contesté.

Me preguntó también por la *mifa* —que quiere decir la familia—. Le dije que todo el mundo estaba bien. Entonces me puse yo a hacerle preguntas sobre el trabajo allí en Marruecos, sobre cómo funciona la gente. Y ella me dijo:

—Mira, yo no te puedo decir mucho; aquí cada uno tiene su suerte. Y ya sabes que la gente pasa por Marruecos para entrar en Europa, así que, en general, todo está bastante tranquilo. Didier, nuestro primo, es el que te pidió que vinieras… él tendrá un plan

para ti. Pero, en líneas generales, Marruecos es come o que te coman, es decir, perro come perro, así que ten cuidado con los amigos que elijas, ¿de acuerdo?

—Entendido, gracias —le dije.

Terminó de cocinar, nos pusimos a comer, después me acompañó de vuelta a la casa y regresó a la suya muy contenta, y yo también muy contento.

Al llegar, la novia de mi primo me preguntó si quería comer. Le respondí que no, que ya había comido en casa de mi hermana. Entonces me dijo que había podido hablar con mi primo y que me decía que al día siguiente tenía que reunirme con él en Dakhla, en la ciudad donde se encontraba. Le dije que entendido. Después, la madre de la novia de mi primo, muy generosa, me dijo:

—Hijo mío, voy a calentar agua para que vayas a ducharte, ¿de acuerdo?

—Entendido, gracias, mamá —le respondí.

Un poco después, ya caliente el agua, fui a ducharme; luego me tumbé en mi pequeña cama, que ya estaba preparada, y me puse a manejar un poco el teléfono intentando ver una película en YouTube antes de dormirme. Unas horas más tarde el sueño me venció.

Al día siguiente nos levantamos todos. Después de ducharme, como ya empezaba a encontrarme yo mismo y a sentirme un poco en familia gracias a su acogida, le dije a la madre, que estaba preparando el desayuno, que iba a bajar a comprar el pan y lo que hiciera falta para desayunar.

—Está bien, hijo mío —me respondió.

Salí rápido a la primera tienda a mi izquierda, saludé con un salamalecú y el dueño me respondió en francés. Me puse a sonreír. Luego hice mis distintos pedidos, me lo dio todo y volví a casa. Desayunamos y, después, la madre dijo:

—Mi pequeño, yo me voy al trabajo. Buen viaje, que DIOS te acompañe.

—Gracias —le respondí.

—Espera un momento, que me doy una ducha rápida y te acompaño a la estación de autobús a comprar tu billete, ¿de acuerdo? Como acabas de llegar, para que no te pierdas —me dijo la novia de mi primo.

—Entendido.

Ella fue a ducharse; cuando terminó, yo estaba concentrado acabando la película de la noche anterior en YouTube.

—Bueno, ¿estás listo? Vamos.

Y nos pusimos en camino hacia la estación. Después de una buena hora de caminata llegamos por fin y nos dirigimos a las distintas taquillas para comprar mi billete, que costaba seiscientos dírhams, equivalentes a treinta y seis mil francos CFA y sesenta euros. Sorprendido, le dije a la novia de mi primo:

—Joder, es realmente caro para estar todavía en Marruecos.

—Ah, así es la cosa —me respondió—. Bueno, bienvenido a la aventura. Aquí el dinero entra igual que sale, así que hay que calcular bien antes de sacar la mano del bolsillo, porque aquí no hay historias de familia. Y el dinero marroquí, para tenerlo, tienes que superarte.

—¿Qué me estás diciendo? Eso es lo que me dijo mi primo.

—Yo no te he dicho nada, ¿eh? Soy yo la que te va a poner en contacto con tu primo. Tú has venido aquí, ¿no? Ya comprobarás tú mismo si es bueno o no —me comentó.

Cinco minutos después, el conductor llamó a los pasajeros.

—Mira, tu autobús ya está listo, hay que subir. Hasta luego, buen viaje y ten mucho cuidado, ¿de acuerdo?

Le di las gracias.

Sentado en mi asiento, justo al lado de la ventana, ella se marchó. Me puse a ver vídeos en YouTube sin darme cuenta de que el

autobús ya estaba en marcha. La primera parada que hicimos fue en Marrakech, para permitir que bajaran los pasajeros con destino allí. Cinco minutos después, el conductor retomó el camino y continuamos; yo, concentrado en mi música, pensando en lo que me había dicho la novia de mi primo, con mi vecino de asiento marroquí a mi lado.

Seguimos hasta la segunda parada en Agadir, también para que bajaran los pasajeros con ese destino y para que los demás pudieran comprar algo de comer o hacer una parada rápida. Esta fue más larga: treinta minutos después, el conductor nos pidió de nuevo que ocupáramos nuestros asientos y arrancamos otra vez.

Mi estado de ánimo y de espíritu no había cambiado: en plena vigilancia de mis maletas y concentrado en mi música, muy enfocado durante todo el trayecto. Más adelante nos detuvo la policía para un control rápido; todo salió bien y continuamos camino. Tras muchas horas de conducción, el conductor hizo la última parada en Layún, pidió a los pasajeros con ese destino que bajaran y luego retomamos el viaje. Yo no cambié de posición hasta que llegamos a Dakhla hacia las ocho de la tarde.

Todo el mundo bajó del vehículo. Yo, con mis maletas, caminé un poco hasta encontrar un buen sitio, un buen refugio bajo un edificio. Luego marqué el número de mi primo. Descolgó y le informé de que estaba en Dakhla, en la estación, cerca de un gran desierto. Mi primo, muy contento, me dijo:

—Pequeño mío, por fin estás ahí, gracias a DIOS. Ahora mismo acabo de llegar del trabajo, me voy a lavar, así que voy a mandar a uno de mis buenos chicos, que se llama Hamed, para que vaya a buscarte. ¿Entendido?

—Sin problema. Cuando llegue, que me llame para saber que es él —le respondí.

—De acuerdo.

Estaba allí, observando a los marroquíes con sus bubús y a algunos africanos que pasaban. Cuarenta y cinco minutos después llegó el joven Hamed y me llamó al teléfono. Descolgué.

—Soy Hamed, tu primo me mandó a buscarte.

—Ah, bien. ¿Dónde estás exactamente?

—Estoy justo en la estación de El Salam; llevo unos vaqueros azules y un jersey gris de manga larga —me informó—. ¿Dónde estás tu?

Me negué a decírselo: me acordé de repente de la agresión que había sufrido en Costa de Marfil. Por eso fui yo el primero en hacerle esa pregunta, por si su aspecto no me inspiraba confianza. En tal caso, llamaría a mi primo. Pero cuando lo vi y me dio buena impresión, le dije:

—Estoy justo a tu lado, con un jersey verde y un pantalón blanco.

Se giró.

—Eh, ¿eres tú?

—Sí. ¿Cómo estás?

—Bien. Bueno, vamos —respondió.

—Te sigo; soy el nuevo aquí.

Y nos pusimos a caminar hablando, intentando conocernos mejor y yo, por mi parte, tratando de recopilar más información sobre cómo funciona todo allí. Como era de mi generación, nos fuimos haciendo amigos.

—¿A qué te dedicas? —me permití preguntarle.

—Trabajo en hostelería, fregando platos: no es fácil, pero es la aventura; no hay otro medio.

—¿Cuál es el trabajo de mi primo?

—*Guanou*.

—¿Qué es *guanou*? —le pregunté sorprendido.

—Trabajo de *frigo*. Yo seguía sin entender e insistí:

—¿Qué es eso de *frigo*?

—En la pesca. Son distintas fábricas adonde van cada mañana y los eligen para trabajar.

—¿Qué? ¿En serio?

Se echó a reír.

—De todo Marruecos, aquí es la ciudad donde más trabajo hay; por eso todo el mundo viene a vivir a Dakhla, y además la vida es más o menos barata, no como en Casablanca.

Por fin llegamos y subimos las escaleras para entrar en la casa. Entramos y vi caras jóvenes —más de trece personas— en un apartamento de dos habitaciones y salón. Mi primo, contento de verme, me presentó a sus distintos amigos y también a la propietaria de la casa, que vivía en una habitación y alquilaba la segunda a personas diversas. Pueden imaginarse el shock que fue aquello. Me puse a sonreír para no dejar ver demasiado mi malestar. La aventura: todo es posible. Me puse a saludar a todos y me di cuenta de que los dos más jóvenes presentes éramos Hamed y yo; todos los demás rondaban los treinta años o más.

Mi primo, a quien siempre he respetado, al que mi madre nos hacía llamarle tío de pequeños porque nos imponía ese tratamiento hasta que fuimos creciendo e intentamos cada uno verlo como a nuestro primo, independientemente de la diferencia de edad, y cambiar la forma de llamarle —aunque siempre con respeto—, me ayudó con la maleta, me llevó a la habitación y me dijo:

—Mi pequeño, instálate aquí, eres bienvenido. Ya sabes que soy el jefe aquí.

Y nos pusimos a reír. Yo dejé las maletas en el suelo y luego le saqué sus distintos paquetes. Le dije que el alcohol se había quedado en Casablanca, que su novia me lo había cogido.

—No te preocupes, fui yo quien le pidió que lo cogiera para venderlo y que me hiciera llegar el dinero —me contó.

—Perfecto, entonces —contesté.

Salió de la habitación; yo terminé de cambiarme, cogí el teléfono y empecé a ver una película en YouTube, porque no había televisión ni sillones. De noche, el salón se transformaba en habitación de alquiler para cada uno. Unos minutos después mi primo me llamó para comer. Fui a la cocina y vi un plato de arroz con salsa rodeado de cinco personas. Sorprendido.

—Aquí es la aventura; aquí no hay vergüenza. Siéntate, vamos a comer —dijo mi primo.

Me senté y comimos. Después volví a mi teléfono y continué viendo mi película. Luego, curioso, decidí salir un poco a conocer las calles, caminar para intentar relajarme. Mientras me dirigía hacia la salida, mi primo se me acercó y me dijo:

—Hijo.

—¿Sí? —respondí.

Yo de nuevo miraba a derecha e izquierda, con miedo y, al mismo tiempo, contento de estar allí, observando a los marroquíes con sus bubús y a algunos africanos que pasaban.

—La señora quiere que pague tu plaza y tu parte para la comida, el agua y la electricidad. ¿Recuerdas que te dije que vinieras con dinero efectivo?

—Sí, lo tengo aquí —le respondí.

—¡Dame todo el dinero que llevas encima ahora mismo!

—¿Por qué? ¿Y yo con qué me quedo? —le pregunté.

Se puso a levantar la voz:

—Pero ¿qué te crees? ¿Quién te hizo venir aquí? Te estoy hablando de algo y me lo discutes. Tengo que pagar tus cosas, hay muchas cosas que pagar: tu ropa de trabajo, los meses de casa y la comida.

Yo, para evitar malentendidos y por respeto, aunque sentía que me tomaba por tonto —una vez más, después de todo lo que había podido vivir—, me dije: «¿qué hago? Total, ya estoy aquí, ya he nacido, y no va a ser él quien me controle». Como

dijo Winston Churchill: «Las personas que triunfan no son las que nunca han fracasado, sino las que nunca se han rendido». Le entregué todo el dinero que me quedaba después de los gastos en Casablanca y la comida. Me quedaban seiscientos dírhams, equivalentes a cuarenta y cinco mil quinientos francos CFA, unos sesenta euros. Y todo eso sin contar que antes ya le había mandado cincuenta mil francos CFA para que me enviara su dirección en Marruecos y así poder ponerla en los documentos que rellenamos en el aeropuerto.

Un poco triste, continué mi camino bajando las escaleras. Me di cuenta de que el joven Hamed venía detrás de mí y me preguntó:

—¿Adónde vas? Si acabas de llegar, ni conoces el barrio.

—Tranquilo, no soy un niño; no me voy a perder —le respondí.

—Bueno, entonces voy contigo para enseñarte el barrio, que ya llevo dos meses aquí.

—Pero si tú también eres nuevo.

—Sí, fue mi padre, Mohamed, quien me hizo venir, pero no pienso quedarme aquí; estoy esperando a que me llamen para irme a Catar.

—Qué bien —contesté.

Y continuamos caminando hasta llegar a la gran plaza del barrio Massira, donde hay un mercado nocturno. Nos pusimos a mirar los distintos artículos, las distintas tiendas y aprovechamos para informarnos sobre los precios. Yo los encontré bastante caros, y seguimos nuestro camino hasta llegar a un espacio donde la gente pasaba el tiempo sentada en distintos bancos frente a una playa. Decidimos sentarnos a pasar un rato, y yo le dije que mi primo me había pedido que le entregara todo mi dinero porque tenía que pagar mi participación y mi ropa de trabajo. Hamed se echó a reír y me dijo:

—Tu primo no tiene fácil arreglo, ¿eh?

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Perdona, pero tu primo es muy deshonesto: le debe a todo el mundo aquí. Él y sus amigos, todo el dinero que ganan se lo gastan en alcohol y en pagar a una puta marroquí que viene a domicilio. Y con su novia de Casablanca ya no está —me contestó.

Yo, muy enfadado y sorprendido, me dije que me habían engañado. Le dije a Hamed que le había mandado dinero por la dirección. Y Hamed, una vez más, se echó a reír a carcajadas y me dijo que la dirección no se paga: es el nombre del barrio y el número de la casa. ¿Desde cuándo se paga eso? Y encima una casa que ni siquiera es suya.

En ese momento me quedé en silencio, y me dije: «Moutcha, ya has superado tantas pruebas para llegar hasta aquí; también puedes con esta. Solo mantén la concentración, la oración y tómate las cosas con calma, porque todo llega para que entiendas algo y tomes decisiones para tu futuro sin tener que arrepentirte después».

Después de un buen rato fuera, decidimos volver a casa, y yo directamente me fui a acostar: ya había tenido suficiente por ese día.

Capítulo 2: Las distintas experiencias

Al día siguiente mi primo Didier me despertó y me dijo:

—Pequeño Moutcha, levántate, es hora de ir al *guanou*.

—A estas horas de la mañana es demasiado temprano —respondí.

—Así es esto, hijo; si no vas rápido no te van a coger.

Me apresuré, entré en la ducha, me lavé, me cepillé los dientes a las seis de la mañana y después me dio unas botas que tenía que ponerme con una ropa especial para protegerme del frío. Luego nos pusimos en marcha él y todos los demás miembros de la casa. Antes de salir le pregunté a Hamed a qué hora entraba él al trabajo. Me dijo que empezaba a las diez, pero que saldría de casa a las ocho, ya que fregaba platos, para desayunar y preparar su puesto de trabajo. Mi primo gritó:

—¡Moutcha, date prisa! Hay que estar allí antes de las ocho, y ahora mismo no es fácil porque no todos los *frigos* están abiertos y hay que pagar la casa y comer.

Nos pusimos a caminar muy rápido. Sus amigos le dijeron:

—Oye, Didier, deja al chico tranquilo, que acaba de llegar.

Y se echaron a reír. Continuamos caminando una larga distancia, atravesamos el barrio de El Salam, luego el jardín El Salam y, para terminar el recorrido, llegamos al mercadillo de *clochard*, como lo llaman allí, donde se vende todo tipo de artículos de segunda y tercera mano, cosas antiguas, y también se compran cosas nuevas o viejas. Al llegar a la zona industrial de trabajo divisé distintos grupos de jóvenes caminando a paso rápido en dirección a las fábricas de *frigo* de

pescadería; algunos incluso iban corriendo para ser los primeros en llegar y tal vez tener la oportunidad de ser elegidos. Todos con botas, mujeres y hombres, con ropa que los protegía del frío.

Mi primo, sus amigos y yo llegamos ante la primera fábrica, el *frigo español*, que es una de las más conocidas después de la del rey, que es Didamar, la que más trabajo tiene incluso en temporada baja, la que recluta a más personas y una de las primeras en pagar bien: cien dírhams de día y cien dírhams de noche, equivalentes a diez euros y seis mil francos CFA. Porque algunas fábricas pagan noventa dírhams, otras ochenta, y el salario en la zona no se cobra por quincenas.

Mezclados con otras personas, esperamos a que los reclutadores marroquíes salieran para abrir la puerta, dejar salir a los que habían trabajado durante la noche y fichar, y comenzar de nuevo el reclutamiento de los del turno de día: doce horas de día y doce horas de noche, de ocho a veinte horas y de veinte a ocho horas. Por fin salió el reclutador y empezó a elegir, a veces según la antigüedad en el trabajo, a veces según los músculos, a veces por suerte. Y comenzó la selección: «Tú, entra. Tú, entra».

Llamó a Mohamed, uno de los amigos de mi primo que estaba con nosotros, y después el marroquí dijo: «Por hoy se acabó; hasta mañana, si Dios quiere».

Y cerró el portón de la fábrica. Detrás de toda aquella multitud de gente, me sentí muy triste al ver eso, porque yo había dejado un trabajo con contrato en un liceo francés para venir a sufrir este tipo de cosas. En mi lógica, mi aventura debía servir para mejorar mi nivel de vida, no para reducirlo. Entonces oí a mi primo decir:

—Vamos rápido a *chocar*.

Así se conoce en Marruecos a hacer cola delante de otra fábrica para tener la oportunidad de ser elegido para trabajar.

Sus amigos y yo nos apresuramos. Como él mandaba y hacía de guía, pasamos por delante de una fábrica que se llamaba *frigo*

Ivoirien, y uno de sus amigos dijo: «Ni miremos esta, que todos sabemos que está prácticamente cerrada».

Continuamos nuestro camino hasta llegar ante otra fábrica llamada Dakoro. Nada más llegar divisamos un gran camión, y todos nos alegramos, yo también, porque eso significaba la llegada del pescado y la posibilidad de ser contratados. Después de que el camión entrara en la fábrica, salió un reclutador y nos pidió que entráramos todos a trabajar, que necesitaban personal. Sin pensarlo dos veces, entramos.

El reclutador colocó a cada uno en su puesto. A mí, como era mi primera experiencia, me puso en un lugar donde tenía que separar los pescados en mal estado que pasaban por una máquina para meterlos en cajas. Así comencé mi trabajo.

Mi primo y sus amigos, que tenían más experiencia, fueron destinados a paletizar el pescado, es decir, cuando las cajas estaban llenas ellos las levantaban para colocarlas sobre palés, y después venía un conductor a recogerlas para enviarlas a la sala de congelación.

Yo estaba en pleno trabajo, concentrado, porque en la vida, si no te pones a prueba, nunca sabrás de lo que eres capaz. A pleno rendimiento. La gente hablando de aquí para allá; los controladores marroquíes haciendo su ronda. A las doce todos paramos para comer, media hora. Hicimos todos la fila para ir al comedor, para que cada uno cogiera su comida: un tajín con pan redondo para cada uno, cortesía de la fábrica. Después de coger mi plato, me puse a buscar a mi primo y sus amigos, los encontré sentados en un banco y me reuní con ellos.

—Y, Moutcha, ¿cómo estás?, ¿cómo te va tu primer día de trabajo? —preguntó mi primo.

—Chaval, bienvenido a Marruecos, concretamente a Dakhla: aquí el *guanou* es el que paga ahora mismo —dijo uno de sus amigos.

Yo les dediqué una sonrisa seria. Terminamos todos de comer. El controlador marroquí nos llamó a nuestros puestos. Yo decidí pasarme antes un momento por los baños y luego volver a mi puesto. Retomamos el trabajo a fondo, sin parar. El controlador continuó su ronda a gritos, intentando intimidar a la gente y, al mismo tiempo, poner orden en el trabajo, pidiendo a las mujeres que hicieran menos ruido. Y todos concentrados.

El trabajo continuó hasta que terminamos. A las veinte horas, como cada día, todos a cambiarse: las mujeres por un lado y los hombres por otro. Luego mi primo nos pidió que volviéramos a casa. Reunidos todos delante del portón de la fábrica, emprendimos el camino de vuelta a casa, todos agotados. En pleno camino mi primo y sus amigos se pusieron a hablar; a mí no me interesaba, así que iba detrás con el teléfono escuchando música hasta que llegamos a casa. Yo, directo a la ducha, me lavé, y cada uno a su turno. Luego llegó la hora de comer: mi primo llamó a todo el mundo, hicimos el corro y nos pusimos a comer. Después volví a la habitación a escuchar música, porque mi amigo Hamed, que era mi amigo, todavía no había vuelto de su trabajo de friegaplatos.

Unos minutos después llegó a la casa uno de los buenos chicos de mi primo y se puso a saludar a todo el mundo. Mi primo y sus amigos se alegraron mucho de volver a verle, porque antes vivía en la casa con ellos antes de irse a alquilar su propio piso con su novia Esther, que esperaba un hijo suyo.

—Mi viejo Didier, ¿dónde está tu chico, el que acaba de llegar de Costa de Marfil? —preguntó Frank.

Mi primo me llamó en voz alta. Le respondí, salí de la habitación y fui al salón. Vi al grupo en plena conversación y mi primo me presentó a Frank. Lo saludé. Frank era una persona amable que había pasado solo a saber novedades y decidió volver a su casa. Me pidió que le acompañara, ya que yo era el primo de

su viejo amigo. Acepté y lo seguí. Caminando en dirección a su casa, que no estaba lejos de donde yo vivía, me preguntó en pleno camino cómo iban las cosas en casa con esos bandidos. Sonreí y respondí:

—Bien, gracias.

—Debes de ser tímido, ¿eh? —me dijo Frank.

—Un poco, sí.

Se rio y me dijo:

—Aquí es la aventura, así que tienes que empezar a espabilarte, porque, si no, te van a quitar todo lo tuyo, es decir, la gente te va a utilizar mucho. Didier, tu primo, nos ha dicho que sabes de internet, que sabes cómo hacer encuentros con blancos, porque gracias a ti una de vuestras hermanas se casó con un americano y ahora vive allá, y hace poco hiciste salir a un blanco del país.

Me eché a reír a carcajadas.

—Joder, las noticias vuelan, ¿eh? —dije.

—Hijo, así es la vida —dijo Frank—. Crees que la gente no te mira y, sin embargo, te ven. Como decimos en nuestro idioma: cuando nadas, se te ve la espalda. Allí van a hacer negocios, porque aquí estamos estancados y en Europa será más fácil.

—Sí, comprendo —dije.

Llegamos a su casa. Me presentó a su mujer, muy simpática, que me sirvió comida para que comiera y me preguntó por mis novedades. Le dije que todo iba bien y le di las gracias. Después Frank decidió acompañarme a casa. De camino, me preguntó:

—Espero que tu primo no te haya vaciado los bolsillos.

Lo miré, sonreí y le respondí:

—Me reclamó todo lo que tenía de dinero, que tenía que pagar mi participación y mis botas, pero nada de todo eso; aunque no importa. DIOS es grande. Lo más importante es que estoy aquí y con buena salud. El dinero es el hombre quien lo busca, pero la confianza es el hombre quien la concede.

Y continué diciéndole que incluso había pagado por mi dirección, algo que no tiene precio.

—Tu primo es de verdad un sinvergüenza —me dijo—. En un Marruecos ya de por sí duro como este, haces venir a tu joven primo y le quitas todo.

Y continuamos caminando. Al llegar a mi casa, Frank me dijo:

—Hijo, ánimo. Estamos juntos; si necesitas algo, pídemelo, ¿de acuerdo? Bueno, me voy a descansar. Mañana hay *guanou*. ¡Ja, ja, ja!

Yo le dije «gracias» y subí a casa. Me encontré con que mi amigo ya había vuelto del trabajo, tan agotado que ya estaba durmiendo, y los demás también. Así que, sin hacer ruido, me fui a mi sitio a dormir.

Al día siguiente, mi primo, sus amigos y yo, después del desayuno, cada uno se preparó y nos pusimos todos en camino hacia la zona. En pleno recorrido, mi primo, en plena conversación con sus amigos, y yo concentrado en el teléfono escuchando música con más motivación que antes. Después de una hora de marcha llegamos a la zona. Lo mismo de siempre: de aquí para allá, divisé a varias personas en distintos grupos; algunos tenían fábricas fijas y otros seguían peleando por ser asignados a una.

Mi primo, sus amigos y yo llegamos ante el frigo español a esperar que el grupo de la noche saliera para que el reclutador saliera a elegir de nuevo a los que iban a trabajar. Poco después, el reclutador marroquí abrió el portón para que saliera el grupo de noche y comenzó a llamar:

—Tú, entra. Tú también. Y tú.

Así durante cinco minutos, hasta volver adentro y cerrar el portón. Nos quedamos bastante gente fuera. Me puse a buscar a mi primo y sus amigos y no vi a nadie, lo que me hizo entender que los habían seleccionado. Contento de saberlo, aunque un poco triste por no haber sido seleccionado yo también. Me encontré solo, sin conocidos ni amigos, y decidí hacer solo la ronda